

Dr. Cristóbal L. Mendoza

D I S C U R S O

leído en la Velada artístico-literaria
celebrada por la Academia Nacional
de la Historia en el Teatro Municipal
para conmemorar el 150º aniversario
:: del natalicio del Libertador. ::

24 DE JULIO DE 1933

C A R A C A S
TIPOGRAFIA AMERICANA

Dr. Cristóbal L. Mendoza

D I S C U R S O

leído en la Velada artístico-literaria
celebrada por la Academia Nacional
de la Historia en el Teatro Municipal
para conmemorar el 150º aniversario
:: del natalicio del Libertador. ::

24 DE JULIO DE 1933

C A R A C A S
TIPOGRAFIA AMERICANA

Señores:

La historia de América marca en esta fecha una nueva etapa en la realización de aquélla prodigiosa profecía que Choquehuanca hiciera al Libertador como para endulzarle anticipadamente con la miel ardiente de su palabra las amarguras inauditas que habrían de colmar sus últimos años y como para coronarlo de una vez por toda la eternidad con un nimbo de gloria, a la faz misma de los adversarios que pretenderían cubrirlo de oprobio cuando ya no blandía en su diestra de hierro la espada fulminante. Como crecen las sombras cuando el sol declina, la gloria del Padre de la Revolución Hispano-Americana se alarga al través de los siglos con aquella misma fisonomía avasalladora característica de su actuación terrenal. Gobiernos y pueblos, instituciones patrióticas y centros culturales, tributan hoy al Héroe cálidos y fervorosos homenajes, que son como la adhesión solemne y definitiva del Continente a los principios fundamentales de la ideología bolivariana,

fuelle inagotable de inspiración para los más altos pensadores. Y ante su sepulcro, la América toda medita en silencio el significado trascendental de su obra y siente con Rodó, que cuando la pátina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anahuac hasta el Plata y cuando centenares de generaciones hayan mezclado el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques mil veces deshojados y con el de las ciudades veinte veces reconstruidas, los hombres de la América libre y una verán que en la extensión de sus recuerdos de gloria, nada hay más grande que Bolívar.

Yo querría, señores, saber interpretar el sentido universal de esos homenajes, el impulso fundamental y uniforme que los inspira, la aspiración remota y constante que los origina: Bolívar guerrero, Bolívar legislador, Bolívar escritor y tribuno, Bolívar creador de naciones y alma de la emancipación del imperio colonial español, son otras tantas glorias fecundas bastantes por sí solas para justificar el derecho indiscutible del personaje a la inmortalidad. Pero hay en la devoción al Libertador un sentimiento que no es la sola admiración por sus proezas militares, ni el simple tributo a sus enormes esfuerzos legislativos, ni el mero aplauso de sus méritos literarios, ni siquiera la acendrada gratitud por su empeño liberador. Antes que la suya, la Historia había registrado ya, recomendándolas al agradecimiento de las generaciones futuras, las vidas de muchos hombres ilustres que agitaron con su verbo o con su acción las entrañas de los pueblos para desencadenar ocultas o reprimidas

midas tendencias de libertad o de cultura. Antes que él, y desde la remota antigüedad, guerreros y sabios, estadistas y filósofos, habían grabado en la conciencia humana la noción de sus ideas y el alcance de su acción como orientaciones luminosas en la busca de tiempos más civilizados y más justos. Considerado aisladamente en una cualquiera de las múltiples fases de su vida, podría encontrarse al Libertador el émulo que lo rivalizase y aún lo superara por el tecnicismo impecable de sus empresas militares o por la mejor armonía estética de sus actuaciones políticas o por la mayor originalidad de sus doctrinas filosóficas. No es, pues, en el brillo de su acero afortunado, ni en el grado de perfección de su obra estadista, ni siquiera en la aureola de su figura de incansable y permanente libertador, donde arraiga ese imperio que él ejerce sobre las conciencias con caracteres de creciente apoteosis. ¿Dónde buscarlo, entonces, sino en aquél purísimo elemento espiritual que fulgura al través de toda su obra de un modo tan arrebatado y constante, en un plano tan elevado y ardiente, como no hay ningún otro ejemplo en la Historia? ¿A qué atribuirlo, sino a su posesión plena y completa de esa cualidad anímica, virtud suprema y excelsa del hombre, que se llama idealismo? ¿Cuál el secreto de su visión genial del porvenir, de su constancia, de su audacia, de su desprendimiento, de su resistencia física y moral al sufrimiento y al fracaso, de sus atrevidas concepciones militares y políticas, de su dominio irresistible sobre los hombres,

de su voluntad irreductible, de todo aquel conjunto de condiciones soberbias, si no es el de la concepción apasionada y radiante de un mundo nuevo donde imperen de modo permanente la libertad y la justicia?

El hombre ama y venera por instinto al idealista, quien como el foco que recoge los invisibles y dispersos rayos para formar núcleos potentes de calor y de luz, resume en sí las combatidas y desorientadas tendencias de la humanidad hacia propósitos distantes de los materiales instintos, las da forma plástica, las reduce a fórmulas reales y asequibles, a la vez humanas y eternas y las convierte en un momento dado en una fuerza tan irresistible, en un ímpetu tan arrollador, que casi llega a realizar el milagro de una esencial transformación en el ordinario sentir humano. Esas tendencias han existido invariablemente en las civilizaciones de todos los tiempos y en el alma de todos los pueblos: a veces cristalizan en la forma de guerras asoladoras e implacables: en ocasiones toman la apariencia de un florecimiento literario o artístico; o bien se exteriorizan en las doctrinas de los filósofos o en el evangelio de los santos o en los sueños de los visionarios y profetas; a veces, en fin, palpitan y se desarrollan bajo los planes codiciosos de mercaderes y colonizadores. Pero viven siempre y en todas partes como atributo innato del género humano, para exhibirse en toda su magnífica virtualidad cuando encarnan en la vida de un hombre que se erige en símbolo de sacrificio y redención para empujar a las muchedumbres hacia finalidades

más nobles y fecundas. De aquí que los idealistas constituyan el tipo más elevado y perfecto del género humano y sean como la trama y el sostén del progreso espiritual del mundo, bien lo hayan forjado, como una roja floración del corazón humano, mediante el sangriento holocausto de sus armas victoriosas, bien lo hayan elaborado, como un albo emblema de paz y de concordia universales, sobre la sola persuasión de su palabra; y en ambos casos, ya sea tras el carro triunfal, ya bajo la influencia de la idea filosófica y de la personal sugestión, van floreciendo y fortaleciéndose las recónditas aspiraciones, que surjen por entre la maraña de las pasiones e instintos, hasta cubrir al fin toda la tierra con un manto de esperanzas y con una promesa de inmortalidad.

No es frecuente, señores, hallar el tipo del idealista perfecto entre los hombres geniales que buscaron realizar un propósito de resonancia universal por medio de la espada. Los impulsos del guerrero no armonizan casi nunca con los anhelos del apóstol, porque si éste último se eleva y eterniza por la virtualidad ideal del evangelio que predica, aquél se subordina de ordinario al imperio material de las empresas que realiza; y si bien la fama les dá indistintamente asiento entre los Inmortales, la Historia ha fijado para siempre a los primeros, con caracteres inmutables, las fronteras limitadas de su influencia en la evolución de los pueblos. Las hazañas de Alejandro, que rompió las puertas herméticas del Asia para llevar a ésta la cultura helénica y para traer de ella

la sabiduría del Oriente; las de César, que sembró por la Europa bárbara la simiente de la civilización romana; las de Napoleón, que propagó por el Viejo Continente ideas de renovación y democracia, han sido ya pesadas y medidas y nada más podrán añadirles el transcurso de los siglos, ni los progresos morales del hombre. Ellas constituyen fríos conceptos históricos, que si bien moverán por siempre la admiración del hombre, no despertarán jamás en éste la pasión de la perfectibilidad, el anhelo por las obras inmortales, la inclinación, en fin, al sacrificio que infunden el credo y el ejemplo del verdadero idealista y que impelen a convivir espiritualmente con éste, a participar de sus triunfos y fracasos y a sufrir sus tormentos y angustias, formando dentro del pensamiento humano como un nervio propulsor de las más nobles inclinaciones morales.

Y tal era la característica esencial del alma del Libertador: él no fué engendrado, ciertamente, para constituir el eje de la peculiarísima democracia hispanoamericana, sino para Jefe de una agrupación aristocrática. El no nació para destruir desigualdades, ni para romper vallas sociales y políticas, sino para continuar una milenaria tradición de exclusivismo y absorción, comunicándole mayor auge y resistencia. Cien generaciones altivas y orgullosas clamaban en su sangre por la reivindicación y afianzamiento de sus inmemoriales privilegios. Sobre su cuna aletearon, como aves presagiadoras de una tempestad próxima y terrible, las frases encendidas

y violentas dirigidas a Miranda por su padre, junto con Martín de Tobar y el Marqués de Mixares, ante el amor propio herido de la casta, que provocaba en ésta una oligárquica noción de patria propia, hija del dominio del suelo y de la superioridad de la sangre. “. . . . Este Yntendente no parese ha venido aquí sino para nuestro tormento, como un nuevo Lucifer; ultrajando él y todos sus seguases personalmente a todo el mundo, y a su exemplo todo pícaro godó hace lo mismo y lo peor es que el maldito Ministro Galvés (más cruel que Nerón y Phelipe 2º juntos) lo aprueba todo y sigue tratando a los americanos, no importa de que estirpe, rango o circunstancias, como si fuesen esclavos viles” . . . “Y así no nos queda ia más recurso que en la repulsa de una insoportable e infame opresión (como Vmd dice en su carta a D. Francº Arrieta). Vmd es el hijo primogénito de quien la madre patria aguarda este servicio importante, y nosotros los hermanos menores que con los brazos abiertos y puestos de rodillas se lo pedimos también por el amor de Dios; y a la menor señal nos encontrará prontos para seguirle como nuestro caudillo hasta el fin y derramar la última gota de nuestra sangre en cosas honrosas y grandes.” Pero este grito airado del padre, lanzado en nombre de los cien antepasados orgullosos y altivos, habría de resonar con ecos muy distintos en el corazón del hijo por la obra milagrosa del más alto, del más hondo idealismo; y las generaciones venideras se estremecerían de emoción al considerar cómo al calor de una insuperable

voluntad creadora, pudieron fundirse las más opuestas tendencias, las aspiraciones más antagónicas y los más heterogéneos elementos para formar un todo único donde pudiese arraigar la libertad.

Bolívar no fué el primero que sintió agitarse su pecho al impulso de la idea emancipadora, ni fué tampoco el primero en alzar la bandera de la revolución. Cuando él entra propiamente en acción, Miranda tiene gastados treinta años en una incesante propaganda y ya el Procerato civil de Venezuela se ha dirigido solemnemente al mundo manifestándole su resolución de ser libres para siempre. Otras colonias se han conmovido también de un modo análogo y la sangre de los mártires ha corrido en los altares de la Patria futura. Sin embargo, los pensadores que más ahondaron en la vasta obra del Libertador hallan en ésta un algo prodigioso en nada semejante a lo hecho antes, algo que no es la simple continuación de los anteriores esfuerzos ni la sola coronación triunfal de un proceso iniciado por otros, algo aparte y distante de aquella ideología revolucionaria que se esboza confusamente en las colonias con la marcha cívica de Juan Francisco de León, con la rebelión de Tupac-Amarú y con el movimiento de los comuneros de "El Socorro", para cristalizar definitivamente en la declaración de independencia absoluta. Y es que en los demás casos, los hombres no tramaron un cambio radical de lo existente, no conocieron los verdaderos fundamentos del problema de la independencia hispano-americana, no sospecharon siquiera que en el

desarrollo de los sucesos históricos estaba ya escrito que la libertad de la América española habría de surgir de un piélago formado con la sangre de sus propios hijos, de un incendio que devoraría la acumulada cultura y las riquezas atesoradas, de un vendabal a cuyo paso se abatiría todo lo que levantase del suelo; y que sobre las ruinas dispersas sólo podría reconstruirse con sistemas nuevos y empleando todos los materiales formados por el proceso social durante los siglos coloniales, desde el mármol hasta el barro, desde el acero hasta el plomo, confundiéndolos en una sola masa que ganase en consistencia lo que pudiera perderse en calidad. De aquí que todas las tentativas revolucionarias previas y los proyectos constitucionales a que dieron lugar, no considerasen el problema sino como una mera evolución política, como un simple cambio de gobierno que, aunque ensanchando considerablemente el horizonte de los naturales, no alteraría de modo esencial la estructura tradicional de la sociedad; y por ello, el ideario de tales tentativas careció de la amplitud, de la profundidad y de la fuerza necesarias para dominar el anchuroso campo de lo que habría de ser la verdadera Revolución.

Bolívar, en cambio, mide certeramente la función de todos los elementos que han de figurar en la furiosa lucha desatada; conoce a los actores que han de representar la espantosa tragedia y los papeles que les señalan el medio ambiente y sus propias características; prevé el desgobierno y la anarquía,

fruto inevitable del dislocamiento de las clases y del surgimiento de los nuevos factores a que da motivo la guerra; sabe de antemano que ha de ejercer una especie de poder que aborrece, porque él es el emblema de la libertad y porque su más ardiente ambición es que la posteridad lo represente erguido sobre una montaña de cadenas rotas. Pero en Bolívar, sobre el filósofo, sobre el sociólogo, sobre el guerrero, predomina el idealista, a cuyo servicio está, en maravillosa conjunción, el más penetrante y enérgico sentido de la acción. Y entre ambos forjan el mundo nuevo y mientras el uno predica sus máximas con ardores de apóstol, el otro combate contra todos los contrarios elementos, los disuelve y forma con ellos mismos la materia propicia para realizar el ideal distante.

Crear, crear siempre, sin conocer jamás la fatiga ni el desmayo: he ahí la tarea sublime y eterna del Libertador! Crear la libertad en un medio sólo propicio a la desigualdad y al despotismo, y bajo su égida, crear nuevas naciones de los gérmenes irreconciliables y anárquicos que por obra de las circunstancias había sembrado inconscientemente la Colonia. Y constituidas las nacionalidades, crear todavía en éstas un sentimiento de solidaridad, una superior aspiración común, un impulso colectivo de grandeza, que traspasando las fronteras y aún los océanos, vaya a servir de estímulo y consuelo a todos los demás pueblos de la tierra. Y desde el principio hasta el fin, por encima de los abismos de seculares prejuicios, a través

de las murallas de arraigados intereses, en medio a las sombras de la incompreñsion y la ignorancia, contra el torrente de los primitivos instintos, sostiene con sobrehumana tenacidad el amplio y generoso ideal creador, gracias a sus campañas prodigiosas que desarrollan en lo material un poder incontrastable y merced a la influencia avasalladora de su verbo, que convence, que seduce, que ciega, que arrastra irresistiblemente a los hombres hacia la altura que a la distancia de siglos les señala, pero que su palabra hace creer al alcance de los primeros esfuerzos. Y para lograrla, organiza del caos ejércitos que ejecutan proezas estupendas, reúne Congresos representativos de regiones en plena fermentación o sujetas aún al yugo enemigo, funda naciones que no han expresado voluntad ni conciencia, hace leyes para masas híbridas e ignaras, se erige en humilde mandatario de majestuosos Estados y habla en nombre de ellos con acento apocalíptico, idea una Divinidad deslumbradora, la llama Colombia, le infunde temibles atributos y fulmina con sus rayos el poderío español en todo el Continente. Y en un supremo delirio que las campañas victoriosas parecen convertir en triunfal realidad, en un personalísimo ímpetu de su idealismo sin par, levanta tan alto el sentimiento de justicia y libertad, le dá un tan radiante esplendor a la noción de democracia señalada desde un principio a la América por la Naturaleza y por la Historia como base esencial de sus Instituciones, que cual otro Hércules, habría podido jactarse por haber cor-

tado de un solo tajo mitológico las innúmeras cabezas de la hidra que acecha los destinos de la Revolución.

Para confirmar objetivamente el sentido perenne y trascendental de su misión, Bolívar se separó voluntariamente de un mando que pudo retener si la finalidad de aquélla hubiera sido la fundación de una gigantesca hegemonía individual y si hubiese querido apagar por la violencia las voces de los detractores que hacían de su nombre un símbolo de reacción y de fuerza y solicitaban entre sus propios tenientes amparo y apoyo contra la irrisoria amenaza. Y fué a morir solo y desamparado, haciendo votos por la felicidad de la Patria y ofreciendo su vida para que los partidos cesaran y se consolidase la unión. En vano buscaríamos, señores, en la Historia de todos los pueblos, una armonía más intensa y sublime, una conjunción más acabada y perfecta entre el significado ideal de una vida y el irrevocable simbolismo de una muerte. Tras el inmenso poderío de aquélla, fulge como un sol la misma aspiración eterna del espíritu que se eleva de la proclama funeral; por encima del violento forcejeo de fuerzas que caracteriza a la primera, brilla el mismo soberano desprendimiento de las cosas terrenales y efímeras que lo inspira en el momento de su tránsito a la inmortalidad; en el fondo de aquélla inacabable tempestad que fué toda su vida, palpita siempre el mismo imponderable patriotismo que se desborda de su lecho de muerte y forma al través del Continente como

una serena y majestuosa corriente que fecundará por los siglos del futuro las tierras de América.

Por ese empeño ideal y perdurable es por lo que Bolívar vivirá mientras la América exista y que será conocido por las generaciones del porvenir con el glorioso y simbólico título que le confirió la gratitud de su ciudad nativa, título que retumbará como un eco inextinguible y múltiple, de continente en continente, de raza en raza, de época en época, en tanto el hombre conserve en su pecho siquiera una chispa de aquél fuego sagrado que Prometeo robara al Cielo para hacer a los mortales la imágen y los rivales de los Dioses!

